

GOLPES DE ESTADO

En las tinieblas de Brumario: cuatro siglos de reflexión política sobre el golpe de Estado

EDUARDO GONZÁLEZ CALLEJA¹

En la madrugada, un destacamento de tropas, en ocasiones apoyadas por tanques, llega repentinamente a la residencia del poder ejecutivo y captura al presidente. Al mismo tiempo, otras tropas toman el control de los medios de comunicación (la central telefónica, las estaciones de radio y televisión, y la prensa favorable al gobierno). Mientras tanto, el poder de fuego se concentra en los puntos estratégicos para yugular cualquier posible resistencia civil. Al amanecer se produce el pronunciamiento, el anuncio de las fuerzas armadas al pueblo de que han asumido el control del gobierno, y que el presidente y el Congreso han sido destituidos².

ESTA secuencia tópica del asalto al poder en un país latinoamericano puede servir de introducción a uno de los fenómenos más recurrentes y, quizás, peor conocidos de las crisis políticas: el golpe de Estado. Hasta la fecha, el golpismo ha tenido un tratamiento bastante confuso por parte de las ciencias sociales; se le ha achacado un carácter fundamentalmente conservador, se le ha definido como un modo paradigmático de intervención militar, se le ha confundido con un tipo particular de violencia política, o se ha restringido la explicación de sus condiciones de desarrollo, ejecución y consecuencias a determinadas áreas geográficas, afectadas por el colonialismo y por la dependencia económica. El recorrido que nos proponemos iniciar sobre la evolución de las teorías explicativas del golpe de Estado tiene como objeto desentrañar los logros y las limitaciones de los estudios que, a lo largo del tiempo, han tratado de analizar su origen, sus etapas, sus protagonistas y sus repercusiones en la comunidad política. Pero, antes de iniciar este periplo, parece pertinente abordar una caracterización previa de los rasgos fundamentales del

¹ Agradezco a mis amigos Gerald Blaney, Hugo García y Antonio Fontecha el haberme proporcionado algunas referencias bibliográficas de difícil localización.

² Edwin Lieuwen, *Generals vs. Presidents: Neomilitarism in Latin America*, Nueva York, Frederick A. Praeger, 1964, pág. 108.

golpe, que nos permita revisar alguno de los tópicos más arraigados en el examen de tan particular fenómeno.

1. UN INTENTO PRELIMINAR DE DEFINICIÓN Y CARACTERIZACIÓN

El término «golpe de Estado», acuñado en Francia durante el siglo xvii, ha quedado incorporado en la actualidad al vocabulario de casi todas las lenguas modernas. Las definiciones reseñadas en los diccionarios de uso corriente presentan muchos rasgos coincidentes, que nos pueden servir para ensayar una aproximación preliminar a la naturaleza de este fenómeno. En primer lugar, el secretismo en la preparación del complot y la necesaria rapidez de su ejecución dan al golpe una característica impronta de acto repentino, inesperado y, en ocasiones, impredecible. En su fase de preparación, los golpes son eventos conspirativos que precisan, al menos, de una cierta discreción entre sus promotores. La naturaleza secreta y azarosa del golpe se pone en evidencia cuando, por la mayor parte de los testimonios coetáneos, se constata que puede fracasar en muchas fases de su desarrollo, por la equivocada apreciación de las circunstancias objetivas, por las indiscreciones producidas durante su preparación o por los errores cometidos en el momento de su ejecución. Este amplio umbral de incertidumbre que se vincula a la decisión golpista implica una alta tasa de riesgo, que suele aumentar en proporción al tamaño del grupo conspirativo. Pero el peligro queda compensado con el bajo coste relativo que conlleva este tipo de acciones en comparación con los réditos políticos que los conjurados pretenden obtener. En todo caso, la experiencia histórica parece demostrar que el golpe es una operación arriesgada, cuyo éxito no está, ni mucho menos, garantizado: de 88 golpes de Estado censados en el mundo entre 1945 y 1967, 62 fueron calificados por Luttwak como «eficientes» (léase coronados por el éxito), y el resto como fracasados o frustrados³.

Una segunda característica del golpe es su pretendido carácter violento, ya que, casi por definición, su ejecución implica una transferencia de poder donde está presente la fuerza o la amenaza de su uso. Podría ser considerado por ello como una forma de violencia política, caracterizada por el protagonismo de un actor colectivo minoritario y elitista, que dispone de amplios recursos colectivos para alcanzar una meta ambiciosa: la conquista total del

³ Luttwak, 1969: 271-280. Kennedy, 1974: 337-344 estudia 284 golpes entre 1945 y 1972, de los que la mitad fracasaron.

Estado o la transformación profunda de las reglas del juego político e incluso de la organización social en su conjunto. Los estudios generales sobre la violencia han incluido al golpe de Estado como una forma de inestabilidad política que deriva en el uso de la fuerza, junto con los motines, las rebeliones, la guerra de guerrillas, el terrorismo o la guerra civil, con los que comparte su naturaleza de fenómenos políticos ilegales, que implican siempre un desorden extenso y un empleo intensivo de la coacción física⁴. Pero resulta evidente que el golpe no cubre todo el campo semántico de las interrupciones brutales del poder político. A pesar de su más que habitual relación con otros tipos de violencia en contextos de crisis política aguda, las disparidades de partida resultan sustanciales. Los golpes de Estado se diferencian de otras clases de asalto al poder en que requieren un empleo de la violencia física muy reducido e incluso nulo, y no necesitan la implicación de las masas. El golpe es siempre un ataque fulminante y expeditivo a las instancias de gobierno que se ejecuta desde dentro del entramado del poder, y en eso se distingue fundamentalmente de las modalidades de violencia subversiva, como la guerra civil o la insurrección. La acción insurreccional es un hecho a menudo escasamente planificado, que es protagonizado por una coalición heterogénea de tipo popular y que tiene una duración prolongada, mientras que el golpe es el acto de usurpación política razonado y metódico por excelencia, impulsado por una institución bastante homogénea (partido, gobierno, parlamento, ejército) de forma rápida e imprevista.

El golpe de Estado es un modo más discriminado de violencia, y más selectivo en sus objetivos que otras formas violentas como el terrorismo. La esencia del golpe es el secreto, mientras que el terrorista busca el máximo de publicidad en sus acciones⁵. A diferencia de la guerrilla y de la guerra revolucionaria, cuyo objetivo es debilitar y desarticular progresivamente los organismos de gobierno, el golpe de Estado lo suelen perpetrar los propios representantes del poder constituido, y casi siempre cobra la fisonomía de un asalto, repentino e inapelable, a las máximas instituciones del Estado, que incide en un terreno muy restringido (generalmente, determinados puntos neurálgicos de una capital) y que busca, pura y simplemente, la obtención del poder o la anulación de un adversario político⁶.

En consonancia con su equívoca relación con la violencia política, los golpes de Estado hacen más fluida o intrincada la cir-

⁴ O'Kane, 1987: 2.

⁵ Carlton, 1997: 13.

⁶ Bricchet, 1935: 11-14.

culación hacia otras modalidades violentas de gran alcance, del mismo modo que la tendencia hacia este y otros tipos de intervención militar aumenta con el incremento de la violencia colectiva⁷. El golpe puede ser el prólogo o el epílogo de una crisis bélica interna o externa o de un proceso revolucionario, pero se diferencia de las revoluciones en que no suele implicar grandes costes en recursos movilizados, y arroja como resultado un relativamente pequeño desplazamiento de los miembros de la élite dirigente, o todo lo más un cambio en la titularidad del poder ejecutivo⁸. Sin embargo, no todos los eventos que denominamos golpes de Estado dan lugar a cambios menores. Tal fue el caso del «golpe de Praga» de febrero de 1948. En esas condiciones, el golpismo aparece como una ruptura brutal, marcada por el derrocamiento del poder establecido, y, en ocasiones, por un cambio radical en la naturaleza del régimen político⁹. Se podría convenir entonces en que el golpe de Estado describe un modo determinado de acción subversiva, y la revolución las consecuencias últimas de ese proceso¹⁰.

Algunos estudiosos han advertido que la verdadera esencia política del golpe de Estado no está en su naturaleza intrínsecamente violenta. Brichet admitió que, en la mayor parte de los casos, los golpes acostumbra a ser actos de fuerza, pero que en otras circunstancias no han precisado del empleo de la coacción física, sino de dosis adecuadas de decisión política, tal como la entendía Carl Schmitt: como generación de nuevas normas jurídicas impuestas por la determinación soberana del gobernante, por encima del Derecho natural y positivo¹¹. En ese sentido, lo que caracterizaría al golpe de Estado no es su naturaleza violenta, sino su carácter ilegal, de transgresión del ordenamiento jurídico-político tanto en los medios utilizados como en los fines perseguidos, sean éstos el establecimiento de un régimen dictatorial o un cambio en el equilibrio constitucional de los poderes del Estado. Kelsen opinaba que un golpe de Estado era una acción radicalmente ilegal, ya que al romper la Constitución invalidaba todas las leyes existentes¹². Por la naturaleza de sus actores y por su desarrollo, el golpe se en-

⁷ Edwin Lieuwen, «Militarism and Politics in Latin America», en Johnson, 1962: 132-133 y Martin C. Needler, *Latin American Politics in Perspective*, Princeton (NJ), Van Nostrand, 1963, pág. 76.

⁸ Charles Tilly, *From Mobilization to Revolution*, Nueva York, Random House-McGraw-Hill Publishing Co., 1978, pág. 195 y Ballesteros, 1990: 24.

⁹ Courdec, Bigo y Hermant, 1987: 45.

¹⁰ Rapoport, 1966: 56.

¹¹ Brichet, 1935: 5.

¹² Hans Kelsen, *General Theory of Law and State*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1946, págs. 368 y 372.

cuadra de forma más satisfactoria entre los procesos de transferencia anómala, ilegal y extrajurídica (por forzada y violenta) del poder de una élite a otra, ya sea una *clique* militar o una minoría civil que inspira o apoya la subversión castrense. Pero es posible su inserción en la continuidad de la vida política, ya que, según algunos autores, los golpes no se diferencian necesariamente por su significación o por sus consecuencias, sino que son otra forma, no tan disfuncional como parece, de obtener el poder¹³. Algunos especialistas llegan a aceptar el golpismo como una expresión peculiar del estado de la opinión pública, o incluso como un tipo particular de acto revolucionario¹⁴. El argumento, hartamente polémico, de presentar el golpe como un modo más o menos «institucionalizado» de expresar una opinión o una aspiración colectivas se basa en el hecho innegable de que en algunos países, como es el caso de varias repúblicas latinoamericanas, esta acción ilegal resulta un incidente habitual de la vida política, y como tal está ampliamente ritualizado y resulta incluso predecible.

Un golpe de Estado no implica siempre la conquista del poder establecido, sino que puede, simplemente, apuntar a una redistribución o reforzamiento de papeles en el seno de un gobierno dividido (caso de los conflictos entre la Jefatura del Estado, del Gabinete o del Ejército en muchos regímenes pretorianos del tercer mundo) o a reordenar las relaciones entre los poderes Legislativo y Ejecutivo, como fue el caso de la «celada parlamentaria» de Bonaparte el 18 Brumario del año VIII (9-10 de noviembre de 1799). Como instrumento no pautado de resolución de una crisis política, el golpe acostumbra a surgir del interior de la misma estructura estatal, por ejemplo como un medio de conservar un poder amenazado por los plazos electorales o por otras disposiciones institucionales, como fue el caso de Luis Napoleón en 1851. Pero el caso más espectacular (aunque, quizás, no el más frecuente) es el asalto al poder, en cuyo caso el golpe puede vincularse con fenómenos de más amplio alcance transformador como la revolución o la contrarrevolución¹⁵.

La mayor parte de las definiciones otorgan el protagonismo de los golpes de Estado a una minoría que cuenta con un acceso privilegiado a los resortes de poder, especialmente los de naturaleza coactiva. La naturaleza conspirativa del golpe exige la implicación del menor número de personas posible. El golpismo es una estra-

¹³ Gilbert W. Merkx, *Legalidad, cambio político e impacto social en los cambios de presidentes latinoamericanos, 1930-1965*, documento de trabajo, Buenos Aires, Instituto Torenato di Tella, Centro de Investigaciones Sociales, julio 1969.

¹⁴ Rapoport, 1966: 53.

¹⁵ Hermant, 1987: 17.

tegia propia de minorías caracterizadas por su acceso preferente a los resortes más sensibles del poder político. Según Huntington, el golpe sólo puede ser realizado «por un grupo que participa en el sistema político existente y que posee bases institucionales de poder dentro del sistema. En particular el grupo instigador necesita del apoyo de algunos elementos de las fuerzas armadas»¹⁶. William Randall Thompson asigna al golpe de Estado una autoría exclusivamente militar, al definirlo como «la sustitución o intento de sustitución de jefe ejecutivo del Estado por las fuerzas armadas regulares a través del uso o la amenaza de la fuerza»¹⁷. En este caso, el golpe de Estado como usurpación de funciones políticas por parte de los militares, y que no suele responder a una ideología de la subversión determinada, se ha convertido en la expresión fáctica más representativa de ese fenómeno social, político y cultural de carácter multidimensional que denominamos *militarismo*, o de la manifestación estratégica característica de la intromisión militar en la vida política que llamamos *pretorianismo*. Sin embargo, no hay que detenerse demasiado en la observación de los preparativos, ejecución y desenlace de los golpes de Estado para constatar que estas acciones no son el único modelo de intervención militar en la política, ni los uniformados son sus únicos protagonistas. Con harta frecuencia, cualquier rumor de complot, una dimisión política más o menos forzada, una revuelta, una revolución, un motín, una guerra civil o cualquier otra intromisión militar en la política han sido calificados de golpe de Estado¹⁸. Este abigarramiento de intervenciones políticas ilegales demuestra que la acción pretoriana puede darse perfectamente sin recurrir al golpismo, y que es erróneo considerar el golpe como la forma por antonomasia de intervención militar. Existen mecanismos no menos eficaces de acción pretoriana que, a diferencia de los golpes, no implican el derrocamiento del poder establecido con el empleo directo de la violencia física, como las presiones militares encubiertas o los golpes «blandos».

Esta revisión preliminar de las características básicas de los golpes nos permite avanzar una serie de definiciones acuñadas por los especialistas en la materia. Samuel P. Huntington aporta todos los elementos necesarios para el análisis del fenómeno, al describirlo como un esfuerzo de la coalición política disidente para desalojar ilegítimamente a los dirigentes gubernamentales por la violencia o la amenaza de su utilización, aunque la violencia empleada resulta escasa y está controlada, intervienen pocas per-

¹⁶ Huntington, 1968: 30.

¹⁷ Thompson, 1973: 6; 1975a: 443 y 1975b: 459

¹⁸ O'Kane, 1987: 23.

sonas y los participantes poseen ya bases de poder institucional en los marcos del sistema político vigente¹⁹. En resumen, el golpe de Estado puede ser evaluado como un cambio de gobierno efectuado por algunos poseedores del poder gubernamental en desafío de la constitución legal del Estado. Es un acto inesperado, repentino, decisivo, potencialmente violento e ilegal, cuya impredecibilidad resulta tan peligrosa para los conjurados como para las eventuales víctimas, y que precisa de un gran cuidado en la ejecución. Su propósito deliberado es alterar la política estatal mediante una intervención por sorpresa y con el menor esfuerzo posible²⁰.

2. LOS ESTUDIOS «CLÁSICOS» DEL GOLPE DE ESTADO

A pesar de haber sido uno de los métodos más antiguos y efectivos para la subversión de un régimen político, en muy contadas ocasiones el golpe de Estado ha merecido un serio análisis teórico. El escritor francés Gabriel Naudé es aceptado generalmente como acuñador del término «golpe de Estado» como categoría política, y como el precursor de los estudios científicos sobre la materia. En sus *Considérations politiques sur les coups d'état* (1639) Naudé entiende el golpe de Estado como un empleo audaz y extraordinario del poder por parte del gobernante, que sin guardar ningún orden ni forma de justicia, actúa movido sólo por la razón (entendida como prudencia del príncipe que elige en secreto la acción más eficaz a sus intereses) y la utilidad pública²¹. La concepción contemporánea del golpe de Estado como una apropiación ilegítima y en ocasiones violenta del poder podría haber relegado la obra de Naudé a la categoría de una mera curiosidad arqueológica. Sin embargo, su legado resulta trascendental para los modernos teóricos de la cuestión, ya que incorporó al debate asuntos básicos como la consideración del golpe como una acción realizada siempre desde el poder del Estado y orientado a su reforzamiento, la prioridad dada al secreto y a la prudente planificación de las operaciones, el conflicto que se plantea en estas circunstancias entre la justicia y la razón de Estado, o la perentoriedad de una justificación legal o extralegal que garantice un cierto apoyo popular a sus ejecutores.

Durante el siguiente siglo y medio, la reflexión teórica sobre el golpe de Estado no avanzó del estadio alcanzado en la obra de

¹⁹ Huntington, 1996: 197.

²⁰ Rapoport, 1966: 60.

²¹ Naudé, 1998: 82.

Naudé. Ni durante la Revolución Francesa, ni en la publicística antinapoleónica elaborada durante la Restauración se extrajeron enseñanzas de ese período confuso que transcurrió desde el año II al año VIII (1794-1799), cuando el golpismo penetró con pleno derecho en los textos franceses de Historia de la mano de las varias colisiones violentas entre los poderes del Estado que se denominaron «golpes del Directorio». Tras el paréntesis napoleónico, la Restauración contempló la realización de un postrer golpe de Estado entendido como *coup de force* impuesto por el poder absoluto de un monarca. Las «Cuatro Ordenanzas» promulgadas por Carlos X el 25 de julio de 1830 no reunieron, sin embargo, los requisitos de prudencia y oportunidad prescritos por Naudé, y desencadenaron una acción revolucionaria (las «tres gloriosas» de 27 a 29 de julio) que clausuró en Francia el período que podríamos definir como «clásico» del golpe de Estado entendido como estrategia principesca. La extensión de una burocracia moderna, emancipada del servicio al soberano, dejó obsoleta la «revolución de palacio» propia de las élites de la época clásica, y abrió el camino a operaciones de subversión política más «democráticas», impulsadas por cuerpos funcionariales complejos, situados en el seno del Estado, pero con cierta autonomía funcional respecto del gobierno²².

El golpe de Estado también fue adquiriendo poco a poco un sentido negativo, que imponía la obligación cívica de la persecución y resistencia frente a este tipo de delitos contra la soberanía nacional. Una carga peyorativa que se acentuó tras el asalto al poder ejecutado por Luis Napoleón el 2 de diciembre de 1851. Esta actitud de rechazo moral y jurídico al golpismo debe mucho a los escritos de combate de Victor Hugo, Pierre-Joseph Proudhon y Karl Marx. Tanto en *Histoire d'un crime* como en *Napoléon le petit*, Victor Hugo emplea abundantemente el término *coup d'État*, de igual modo que Proudhon en su obra *La révolution sociale démontrée par le coup d'état* o Marx en su *18 Brumario*. Fue a partir de entonces cuando el término francés acabó de universalizarse, adaptándose al italiano, portugués o castellano, y siendo adoptado de forma literal en el vocabulario político inglés²³.

En la última parte del siglo XIX, el golpe de Estado cayó en el más absoluto de los descréditos: los marxistas lo tildaron de blanquismo, mientras que la tradición republicana francesa abundó en su calificación peyorativa, haciéndolo sinónimo de la violación de derechos perpetrada por fuerzas de naturaleza ultraconservadora. En ese contexto de claro reflujó popular de la extrema derecha na-

²² Luttwak, 1969: 25.

²³ Hermant, 1987: 15-16.

cionalista, no tiene nada de extraño que las únicas reflexiones teóricas sobre el golpe de Estado procedieran de ese campo político, en concreto de *l'Action Française* como ejemplo más notorio de nacionalismo autoritario específicamente monárquico. Como observaba en 1909 Charles Maurras en su obra *Si le coup de force était possible...*, para que el golpe de fuerza resultara factible se debía «constituir un estado de espíritu realista» que lograra previamente el apoyo de una fracción suficiente de la opinión pública²⁴. No se trataba, pues, de una insurrección armada o de una acción violenta de masas, sino de un golpe de Estado llevado a cabo por las minorías enérgicas que, como decía Jules Lemaître, son las que constrúan la historia y a las que seguirían las masas, conservadoras por naturaleza²⁵. A imagen de la labor emprendida por Cánovas del Castillo para propiciar la restauración alfonsina en España (el modelo ideal para Maurras), la creación de un estado de ánimo a través de la propaganda ideológica debía ser la tarea previa a cumplir por el movimiento monárquico antes de optar por el golpe, que no debía ser un mero pronunciamiento, sino una acción dirigida políticamente, tras convencer al Ejército de que era necesaria la toma del poder. En una intuición que luego desarrollarían León Trotsky o Curzio Malaparte, Maurras observaba que si la fuerza pública y los políticos republicanos se mostraban indecisos, un grupo de conspiradores resueltos y bien preparados podría hacer caer el régimen, al estilo de los golpes de mano en las guerras convencionales²⁶.

La inestabilidad política inherente al período de entreguerras volvió a poner de actualidad el golpe de Estado, a través de la polémica suscitada por tres ensayos subversivos de signo bastante diverso: la conquista del poder por los bolcheviques en Rusia, la «Marcha sobre Roma» y las asonadas protagonizadas por el sector más ultranacionalista de la *Reichswehr* en los primeros pasos de la República de Weimar. La gran novedad del análisis sobre el golpe de Estado en el período de entreguerras fue el descubrimiento de una realidad que ni los «nuevos catilinaros» de izquierda o de derecha, ni los defensores del Estado habían sido capaces de intuir hasta entonces: que la creciente complejidad del Estado contemporáneo exigía nuevos modos de acceso ilegal al poder, donde los aspectos no estrictamente políticos o militares resultaban decisivos. Curzio Malaparte intentó demostrar en 1931 que «el problema de la conquista y de la defensa del Estado no es un pro-

²⁴ Maurras, 1910: 8-9.

²⁵ Cit. por Charles Maurras, *Encuesta sobre la Monarquía*, Madrid, Sociedad General Española de Librería, 1935, pág. 565.

²⁶ Maurras, 1910: 29.

blema político, sino un problema técnico; que el arte de defender el Estado está regido por los mismos principios que rigen el arte de conquistarlo; que las circunstancias favorables a un golpe de Estado no son necesariamente de naturaleza política y social, y no dependen de la situación general del país»²⁷. La interpretación malapartiana del golpe de Estado como tecnología de la violencia, como artefacto en manos del conspirador profesional, transformó esta obra un poco injustamente, hay que reconocerlo, en un auténtico manual para conspiradores de toda laya en los turbulentos años 30. Desde el primer momento, el libro fue malinterpretado como una incitación al golpe, cuando, en realidad, trataba de prevenir los puntos débiles de los gobiernos constitucionales, señalando la importancia de los elementos tácticos y técnicos para su defensa. A pesar de sus errores de apreciación y de los malos entendidos que suscitó, la *Técnica del golpe de Estado* aportó varias ideas valiosas, como demostrar que el golpismo no era una acción espontánea e irracional, sino un movimiento urdido en un entorno conspirativo, ejecutado con unas reglas precisas, con objetivos bien seleccionados y con un fin político determinado.

3. EL DEBATE ACTUAL SOBRE EL GOLPE DE ESTADO

La incidencia de los golpes ha aumentado enormemente en la segunda mitad del siglo xx. Las nuevas realidades de la posguerra, en especial la inestabilidad sociopolítica de los países descolonizados, volvieron a poner de actualidad el golpismo como parte importante del proceso político. En ese contexto histórico, las ciencias sociales diseñaron cuatro teorías básicas sobre las causas de los golpes de Estado: la primera centraba su atención en el desarrollo técnico-político de una acción subversiva que se entendía como una estrategia perfectamente calculada de acceso ilegal al poder, según el camino abierto en los años de entreguerras por el bolchevismo y un sector del fascismo, del que se hizo eco Curzio Malaparte. La segunda concebía el golpe como una estrategia de acceso al poder característica de una élite pretendidamente modernizadora como es el ejército. La tercera contemplaba el golpe como un indicador bastante fiel de un contexto de crisis social y económica propio de países del tercer mundo que buscan una salida alternativa al neocolonialismo y al subdesarrollo. La cuarta teoría interpretaba el golpismo como evidencia de la inestabilidad político-institucional de un régimen fragilizado por un déficit de legitimidad y por una cultura cívica fragmentada o esca-

²⁷ Malaparte, 1931: 259-260.

samente desarrollada. En muy pocas ocasiones estos cuatro paradigmas explicativos han sido presentados como razón única de los golpes de Estado, sino que han aparecido integrados en explicaciones más complejas que, con todo, han dado prioridad a uno o otro argumento.

3.1. *La reconsideración de los aspectos técnico-políticos del golpe de Estado: Goodspeed y Luttwak*

Una hipótesis heredada de Malaparte señala que, dada la similitud institucional de los gobiernos contemporáneos, las estrategias empleadas para su derrocamiento deben ser similares, y concentrarse de forma prioritaria en los aspectos puramente técnicos del asalto al poder. La trascendencia y vigencia del golpe radica en su especial adecuación a los requerimientos de «racionalidad productiva» característicos de las modernas sociedades industriales y postindustriales: eficiencia técnica, rapidez de ejecución, economía de esfuerzos y cálculo adecuado de costes y beneficios. Goodspeed define el golpe como «un intento para el cambio de gobierno mediante un ataque, tan brusco como violento, contra la auténtica maquinaria del gobierno»; una acción directa que requiere una movilización menor de recursos, por lo que el coste del riesgo asumido y la violencia desplegada es menor. El golpe se dirige exclusivamente a las auténticas fuentes del poder gubernamental, y si triunfa no se produce ninguna enojosa interrupción de la marcha del Estado²⁸. A diferencia de Malaparte, Goodspeed observa que «en el golpe de Estado la estrategia está mucho más íntimamente ligada con las consideraciones políticas de lo que suele estarlo en la guerra, e incluso la táctica debe estar influida por ella en cierto modo»²⁹. Este autor apunta una serie de condiciones objetivas previas: la existencia de un contencioso político grave, la simpatía de las fuerzas armadas, el apoyo o la indiferencia de la opinión pública, la existencia de un contexto internacional propicio, y la capacidad estratégica y táctica de los líderes de la conjura. Acto seguido, formula un mecanismo de asalto al poder en tres fases: la preparación, el ataque y la consolidación, basada en el establecimiento institucional del régimen rebelde y la «pacificación» del país, en cuyo momento el control del golpe revierte sobre los estrategas políticos³⁰. La obra de Goodspeed apuntaba a aspectos vinculados con la vulnerabilidad del

²⁸ Goodspeed, 1966: 7.

²⁹ Goodspeed, 1966: 265.

³⁰ Goodspeed, 1966: 269-284.

régimen como condiciones básicas para el éxito de un golpe de Estado. Pero el énfasis puesto casi en exclusiva en factores políticos externos al mismo proceso golpista limitó la capacidad analítica de su propuesta, sobre todo cuando, a partir de los años 60, se estaban apuntando una complejidad de factores explicativos.

La reflexión de Luttwak se formuló al hilo de una serie de acontecimientos históricos clave. Los sucesos de 1968 en París o Praga demostraron que, como medio subversivo clásico, la insurrección vinculada a una huelga general había quedado obsoleta ante el dispositivo de seguridad que podía interponer un Estado moderno. Por otro lado, la inestabilidad de los procesos de descolonización del tercer mundo transformó a la guerrilla y el golpe de Estado en procedimientos habituales de conquista del poder, con la ventaja para este último de su mayor rapidez y de su menor coste en vidas y haciendas. La obra se presentó en tono irreverente como un manual práctico, como un inocente «recetario» que permitiría a cualquier profano que dispusiera de cierto entusiasmo y de los recursos necesarios llevar a buen término su propio golpe de Estado, siempre y cuando claro está eligiera determinados países del tercer mundo para ejecutarlo³¹. Su plan de «democratización» del golpismo lleva a Luttwak a exponer de forma sencilla las diversas técnicas que podían emplearse para tomar el poder en un Estado, en los niveles militar, político y policial. El golpe de Estado se contemplaba como una operación peculiar dirigida a capturar los órganos e instituciones cruciales con el objeto de lograr el control de un país, y en consecuencia se centra sobre todo en el aspecto táctico, no político.

La tesis central de Luttwak es que el Estado moderno tiene ramificaciones burocráticas lo suficientemente amplias como para que los golpistas y los conspiradores se puedan infiltrar y actuar eficazmente en un sector limitado pero crítico del aparato estatal, sobre todo en entes burocráticos fuertemente jerarquizados como son los órganos coercitivos del Estado, que pueden ser controlados y utilizados para sustraer al gobierno el control de los restantes sectores administrativos. Los gobernantes sufren así una especie de «técnica de judo», por la cual la potencia del Estado se vuelve contra la propia *élite* dirigente que ha propiciado su vigor y predominio. A diferencia de Trotsky o Malaparte, Luttwak no considera necesario crear una organización *ad hoc* para la subversión, sino que basta con «la infiltración en un engranaje, pequeño pero esencial, de la máquina administrativa del Estado, engranaje que a continuación es utilizado para impedir al Gobierno ejercer el control del conjunto»³². Esa es, en su opinión, la esencia del golpe de Estado.

³¹ Luttwak, 1969: 9.

³² Luttwak, 1969: 35.

Luttwak ofreció una explicación general de los golpes que penetra más allá de los convencionalismos militares o políticos. Su análisis de las condiciones previas para una maniobra sediciosa de ese tipo contempla factores económicos vinculados a la dependencia y al desarrollo, aspectos sociales vinculados a la homogeneidad étnica y de clase, o circunstancias de orden institucional como la naturaleza de la burocracia o el nivel de centralización del poder. Características todas ellas que serán consideradas con mayor detenimiento por analistas posteriores.

3.2. *El golpe de Estado como símbolo e instrumento del pretorianismo «modernizador»*

Los casos en que los militares jugaron un papel activo en el gobierno se hicieron especialmente frecuentes tras la Segunda Guerra Mundial. La atención de los analistas políticos se centró entonces en el ejército como institución decisiva para la orientación política de las nuevas naciones. Se trataba de ver cuáles eran las condiciones que incrementaban las posibilidades de intervención militar, y si éstas resultaban positivas o negativas para el crecimiento socioeconómico. El aumento del número de golpes tras el final del proceso descolonizador no condujo siempre a vías democráticas de desarrollo, y desde esas fechas muchos científicos sociales trataron la usurpación militar como una manifestación alternativa, en clave autoritaria, del proceso histórico que conducía a la modernización social³³. Pero, a diferencia de los años 30 y 40, los militares golpistas ya no fueron descalificados como autoritarios o totalitarios, sino que el funcionalismo vinculado a los intereses estratégicos americanos durante la Guerra Fría difundió la creencia de que, en sociedades transicionales con instituciones democráticas débiles, el ejército disponía de una experiencia técnica, de una organización burocrática compleja y racionalizada y de una impregnación de las ideas occidentales que le permitían jugar mejor que los civiles el papel de élite reformadora. El ejército, que aparecía como compuesto mayoritariamente por las clases medias pretendidamente campeonas de la democracia, era la única parte organizada de la sociedad capaz de hacer funcionar el nuevo sistema político. En consecuencia, los autores neoconservadores adscritos a este paradigma explicativo comenzaron a entrever los golpes de Estado en las nuevas naciones de África y de Asia como favorables para su desarrollo sociopolítico, debido a las especiales características de los militares como «agentes de modernización».

³³ Rapoport, 1968: 552.

Las diversas razones aducidas para la aparición y desarrollo del golpismo mantenían una fuerte carga teleológica vinculada con el designio modernizador al que se aspiraba, lo cual acentuaba su tono justificativo. Morris Janowitz observaba que el intervencionismo militar en las naciones en desarrollo no era una estrategia deliberada, sino a menudo un hecho reactivo e imprevisto, dictado por la debilidad de las instituciones civiles y la ruptura de las formas parlamentarias de gobierno³⁴. Finer reconocía que la intervención militar podía presentar diferentes formas, de la cual el golpe era sólo una de ellas. Consideraba que los militares intervenían en la cosa pública de acuerdo con niveles de cultura política determinados por la fuerza o por la debilidad de su compromiso con las instituciones civiles, por el nivel general de legitimación del régimen y por el grado de reconocimiento de la autoridad política. De modo que, cuanto más alto fuera el nivel general de cultura política, menores oportunidades y apoyo habría para las intervenciones militares. Según su tesis, los golpes sólo suceden en países de cultura política baja o mínima³⁵, lo cual no parece del todo cierto, sin comprobamos su presencia hasta épocas relativamente recientes en países como Francia, Alemania, Chile o España. Todo parece indicar que el golpismo tiene más que ver con la polarización política o social y con la deslegitimación del régimen o del gobierno que con un determinado nivel de participación y de concienciación ciudadanas. Para Perlmutter, las explicaciones de los golpes como desembocadura necesaria de una situación de decadencia política, de presuntas herencias históricas o de la pretendida voluntad reformista mesocrática reflejada en la institución militar resultaban insuficientes. Como ya hizo Balmes a mediados de siglo XIX, advierte que el colapso del poder ejecutivo y la deslegitimación de los grupos políticos civiles son condiciones previas para el pretorianismo, pero que éste puede adoptar múltiples facetas según el alcance de la implicación de la élite civil, el nivel de cohesión del propio ejército, la estabilidad del Estado o el grado de desarrollo del país en función de su capacidad para lograr objetivos tales como la unificación administrativa, el orden público, la modernización socioeconómica y la urbanización³⁶. Los golpes estarían en relación con el incremento de la influencia de los militares en la burocracia gubernamental y con los conflictos internos del ejército a causa de su evolución y desarro-

³⁴ Morris Janowitz, «Armed Forces and Society: A World Perspective», en Jacques Van Doorn (ed.), *Armed Forces and Society: Sociological Essays*, La Haya, Mouton, 1968, pág. 28.

³⁵ Finer, 1969: 116-120 y 1982.

³⁶ Perlmutter, 1982: 124 y 130.

llo orgánico y administrativo, especialmente cuando su orientación corporativa se ve amenazada por movimientos sociales, grupos de interés o partidos políticos³⁷.

Para Thompson, los agravios corporativos se vinculan a los golpes por el hecho de que los militares golpistas son miembros socializados en una organización más o menos profesional que tiene sus propias necesidades e intereses³⁸. Al igual que Perlmutter, Nordlinger destaca que la defensa de los intereses corporativos militares genera poderosas motivaciones intervencionistas. Junto con los agravios profesionales aparecen otros motivos, como los fallos de intervención de las autoridades civiles que provocan una deflación de la autoridad gubernamental, la identificación abusiva de la institución castrense con los intereses nacionales, las aspiraciones particulares de la oficialidad, la interferencia civil en los asuntos internos de los militares o el temor a la radicalización política de las clases populares³⁹.

Algunos autores especulan con que el tamaño y la sofisticación de la organización militar están relacionados positivamente con la propensión intervencionista⁴⁰. Un ejército compuesto de gran número de conscriptos y de voluntarios a corto plazo puede desintegrarse en el curso de una crisis política aguda, pero otro compuesto enteramente de soldados profesionales que dependen de su ocupación militar para su subsistencia, puede estar tentado de conquistar el poder⁴¹. El ejército golpista acostumbra a ser pequeño de tamaño, con un largo núcleo de voluntarios de servicio dilatado y en permanente contacto con los oficiales, lo que crea un peculiar *esprit de corps*⁴². Perlmutter considera que es la orientación corporativa, y no la profesional, de los militares la que determina su comportamiento político objetivo y subjetivo y su grado de intervención en la cosa pública⁴³. Lieuwen argumenta que, al requerir de los oficiales una dedicación de tiempo completo a su trabajo, la profesionalización hace decrecer las intervenciones militares y conduce a medio plazo a la neutralidad política, pero McAlister apunta que este no ha sido el caso de los crecientemente cualificados ejércitos de América Latina o de la muy sofisticada *Wehrmacht* alemana de los años 30 y 40. Johnson opina de forma opuesta: el profesionalismo lleva a un compromiso con la moder-

³⁷ Perlmutter, 1982: 161.

³⁸ Thompson, 1973 sólo encontraba explicaciones corporativas a 43 por 100 de los golpes intentados entre 1946 y 1970.

³⁹ Nordlinger, 1977: 64-65, 78 y 192.

⁴⁰ Janowitz, 1964: 42.

⁴¹ Rapoport, 1968: 570.

⁴² Feit, 1973: 6-7.

⁴³ Perlmutter, 1982: XXIX.

nización que puede derivar en formas de intervención política, y Stepan considera que, cuanto más educados sean los oficiales, mayor es la posibilidad de que asuman el liderazgo del gobierno⁴⁴. La experiencia demuestra que un golpe militar necesita de la participación de un Ejército profesional o de un cuerpo de oficiales cualificados, aunque no precisa obligatoriamente ser planeado o ejecutado únicamente por militares y por razones exclusivamente castrenses⁴⁵.

La evolución ulterior de los regímenes surgidos de un golpe de Estado es también objeto de reflexión. Según Huntington, en un sistema político pretoriano ninguna institución o líder es aceptado como árbitro legítimo de los grupos en conflicto⁴⁶. Los golpes suelen erosionar las bases de legitimidad de los gobiernos, y los reemplazan por el terror basado en el uso (o amenaza de uso) de la fuerza. Las intervenciones militares no acostumbran a crear una nueva institucionalidad con visos de perdurar: cuanto más habituales son los golpes de Estado, más extendido se hace el desprecio por la ley, puesto que el golpismo demuestra cuán provechoso resulta evadir las reglas del juego político. De modo que este tipo de acciones, si se emplean de forma recurrente, traen como secuela la implantación de regímenes personalistas pero corruptos e inestables, lo que favorece sucesivas intervenciones castrenses. En todo caso, la mayor parte de los especialistas coincide en que unas instituciones políticas libres e independientes son la más poderosa salvaguardia frente a las conquistas militares del poder⁴⁷.

En los últimos tiempos, el protagonismo castrense en los golpes de Estado ha comenzado a revisarse con detenimiento. Lo que primero se ha puesto en duda ha sido la exclusiva presencia militar en este tipo de operaciones. Los líderes golpistas pueden ser civiles, y si son militares, pueden alentar a los civiles a tomar el poder, o, de forma más habitual, a tolerar la constitución de gobiernos cívico-militares. De hecho, sólo uno de cada seis gobiernos instalados tras un golpe está compuesto exclusivamente por militares, y la inmensa mayoría lo conforman una coalición de per-

⁴⁴ Edwin Lieuwen, *Arms and Politics in Latin America*, Nueva York, Praeger, 1960; Lyne N. McAalister, «The Military», en John J. Johnson (ed.), *Continuity and Change y Latin America*, Stanford, Stanford University Press, 1964, pág. 158; John J. Johnson, *The Military and Society in Latin America*, Stanford, Stanford University Press, 1964, pág. 137 y Stepan, 1966: 96.

⁴⁵ Needler, 1968.

⁴⁶ Huntington, 1968: 196 (1996: 214).

⁴⁷ Donald James Goodspeed, «The Coup d'État», en Adam ROBERTS (ed.), *Civilian Resistance as a National Defence*, Harmondsworth, Penguin Books, 1969, pág. 59.

sonalidades castrenses y no castrenses⁴⁸ Ello desmiente además las tesis de Perlmutter o de Nordlinger de que los militares se preocupan en exclusiva de sus intereses corporativos. Una actitud profesional no evita con certeza una intervención golpista, así como tampoco la provoca necesariamente una orientación corporativa⁴⁹. Las variables de tamaño y profesionalismo, junto al monopolio de los medios de coerción indican simplemente la capacidad física de los militares para entrometerse en la vida política, pero no nos aclaran cuándo, cómo y por qué lo hacen. Como asevera Huntington, «las explicaciones sobre lo militar no explican las intervenciones militares»⁵⁰.

3.3. *La tentación golpista y su vinculación con las perturbaciones en el desarrollo socioeconómico*

Las diferentes configuraciones de estructura sociopolítica tienen mucho que ver con las circunstancias de las revoluciones y los golpes de Estado⁵¹. No cabe duda de que la tradición democrática de un país, el grado de centralización gubernamental y administrativa, la robustez de la sociedad civil o la profesionalidad y neutralidad política de sus diferentes burocracias imponen tácticas diferentes para el asalto ilegal al poder. Sin embargo, no todos los condicionantes de los golpes son de orden político. Otros argumentos apuntan que el golpismo es el cortejo habitual de los procesos acelerados de cambio socioeconómico que generan desequilibrio político. Autores como Olson señalaron que el desarrollo económico resultaba desestabilizador, y Huntington argumentó que la modernidad provocaba estabilidad, pero que la modernización generaba la inestabilidad que propiciaba la aparición del orden pretoriano⁵². Finer pensaba que el atraso económico era una condición necesaria pero no suficiente para los golpes, y afirmaba que la propensión a la intervención militar estaba más vinculada al incremento de la movilización social, y concluía que el nivel de industrialización disminuía la propensión al golpismo⁵³. Needler pensaba que «un golpe de Estado triunfante es

⁴⁸ O’Kane, 1987: 9 y 11.

⁴⁹ Perlmutter, 1982: 393.

⁵⁰ Huntington, 1968: 52-57.

⁵¹ Lissak, 1964: 341.

⁵² Mancur Olson, «Rapid Growth as a Destabilizing Force», *The Journal of Economic History* (Cambridge), vol. XXIII, diciembre 1963, págs. 529-552 y Huntington, 1968: 41 (1996: 43).

⁵³ Finer, 1962: 87-88 y 113-115 (1969: 117-121).

menos probable cuando las condiciones económicas están mejorando», y que el deterioro económico hacía más factible el derrocamiento de un gobierno⁵⁴. En su exploración de las relaciones entre el desarrollo económico y las limitaciones en el poder político de los militares en 51 naciones, Janowitz concluyó que, a mayor desarrollo económico, existía una menor posibilidad de intervención militar⁵⁵. En sus diversos trabajos, Thompson reconoce que la mayor parte de los golpes triunfantes aparecen vinculados con un proceso de deterioro económico, pero que éste no debe ser relacionado directamente con los golpes, sino con condiciones que promueven la vulnerabilidad sociopolítica del régimen, como el control de los instrumentos coercitivos que garantizan su supervivencia⁵⁶.

Las investigaciones que más ha incidido en la importancia de las condiciones socioeconómicas han sido las realizadas por Ruth First y Rosemary O'Kane. Aunque reconoce que la práctica golpista difiere grandemente en cada país africano, First destacó la importancia de las influencias económicas procedentes del exterior, como un legado colonial que ha generado atraso, dependencia, fragmentación social y una permanente crisis económica alimentada por el férreo control del mercado que ejercen las naciones más desarrolladas. En esa situación de penuria material, el poder político siempre en disputa se transforma en la única fuente real de poder y de recursos para los países en vías de desarrollo⁵⁷. O'Kane también reconoce que los países que han sufrido golpes de Estado presentan grandes diferencias sociales, económicas y políticas, de modo que la cuestión crucial no es por qué se producen este tipo de interrupciones sumarias de la actividad política «normal», sino que la aproximación más fructífera sería identificar las condiciones objetivas por las cuales una sociedad es más proclive a los golpes que otra, aunque ello no determine mecánicamente la disponibilidad o la decisión de los conspiradores⁵⁸. Las variables que aduce son fundamentalmente socioeconómicas, vinculadas al nivel de desarrollo; en concreto, a las condiciones peculiares del mercado internacional: los países cuya economía genera productos primarios para la exportación y dependen en esencia de éstos, experimentan una mayor inestabilidad e incertidumbre material que mina la estabilidad política. Cuanto más pobre es una nación de estas características, mayor

⁵⁴ Needler, 1966: 617.

⁵⁵ Janowitz, 1964.

⁵⁶ Thompson, 1975b: 476.

⁵⁷ First, 1970: 17.

⁵⁸ O'Kane, 1987: 41-42.

será la predisposición a un golpe de Estado⁵⁹. Sentada esta base económica, O'Kane incorpora otros factores, inspirados en Luttwak, que alientan u obstaculizan los golpes, como la independencia reciente, la falta de tradición golpista, la presencia de tropas extranjeras y de intereses seccionales, los cambios dramáticos de gobierno producidos en el pasado, los procesos electorales, el descontento público producido por las deficiencias en la participación en el proceso político, la ausencia del jefe de Estado, los agravios militares y otros motivos reales o aparentes que expresen sus promotores⁶⁰.

La teoría sociológica más mencionada es la de la intervención militar como sustituto de fuerzas sociales que no existen o aparecen divididas en un contexto de modernización⁶¹. En concreto, los militares golpistas se reclamarían depositarios de los intereses y aspiraciones reformistas de unos sectores mesocráticos débiles o mal organizados, de modo que el tamaño de la clase media resulta significativo para determinar la importancia y el carácter de la intervención militar en política⁶². Para Germani y Silvert, las intervenciones militares son inhibidas por la aparición y el desarrollo de estratos medios en la estructura social, pero las situaciones de subdesarrollo político y social, que conllevan generalmente una debilidad de la sociedad civil, son especialmente adecuadas para que una corporación teóricamente más consistente, centralizada, jerarquizada y disciplinada, tal cual es el Ejército, cubra el vacío político de una forma abrupta e ilegal, actuando acto seguido como elemento de limitación o como factor de estímulo de la participación política⁶³. José Nun argumenta en sus obras que los militares latinoamericanos desarrollan una tendencia a asumir una responsabilidad protectora de una clase media incapaz de dirigir el cambio, con el fin de obtener reconocimiento político de la oligarquía y consolidar su propio poder político. Sin embargo, otros autores niegan toda relación entre origen social y activismo político militar. Stephan critica a Nun, señalando que en diferentes épocas todas las clases sociales han solicitado a los militares la intervención, y que aunque la clase media pueda proporcionar un estímulo para el golpe, no constituye realmente una guía para su política, puesto que los sectores mesocráticos están tradicionalmente tan divididos que es imposible que los militares los repre-

⁵⁹ O'Kane, 1981: 289-293 y 1987: 74 y 78.

⁶⁰ O'Kane, 1981: 296.

⁶¹ David Rapoport, «A Comparative Theory of Military and Political Types», en Huntington, 1962: 72-73.

⁶² Huntington, 1968: 220-221 (1996: 199).

⁶³ Germani y Silvert, 1961: 73.

senten⁶⁴. Los militares han solido intervenir en nombre de una clase, de todas o de ninguna de ellas, y su alianza con los sectores mesocráticos no es por definición, sino en el contexto de una estrategia dictada por la oportunidad política⁶⁵.

3.4. *El golpismo como causa y efecto de la inestabilidad política*

En general, han predominado las explicaciones de los golpes que inciden en la inestabilidad política o en la falta de cultura cívica como factores que facilitan la intervención militar. Varios especialistas han destacado que las políticas del golpe de Estado varían sustancialmente en función de las tradiciones políticas y culturales⁶⁶, del mismo modo que el golpismo puede modelar de forma duradera el carácter de una sociedad y de su sistema político, sobre todo en países con una larga tradición intervencionista, donde el ejército ha renunciado implícitamente a su papel de salvaguardia frente a amenazas exteriores. A pesar de la incidencia de las circunstancias culturales, muchos analistas señalan al debilitamiento de la autoridad política como uno de los factores precipitantes de los golpes. Un sistema desvertebrado, sin ausencia de líderes e instituciones capaces de paliar el conflicto entre las diversas fuerzas que participan en la arena política, facilita la irrupción del pretorianismo. Los gobiernos se deslegitiman por el comportamiento inconstitucional, ilegal y corrupto de las autoridades, por su responsabilidad en las crisis económicas o por su incapacidad para dominar la oposición política y el descontento que deriva en desórdenes y violencias⁶⁷. Finer hizo hincapié en los factores de movilización y de legitimación política: donde la vinculación pública a las instituciones civiles es fuerte, la intervención militar en la política encontrará mayores dificultades. La propensión a la intervención militar decrece con el incremento de la atención y de la participación populares en la política, y con la fuerza y efectividad de los partidos políticos, grupos de interés e instituciones civiles de gobierno⁶⁸. Pero cuanto mayor sea la movilización social y menor la institucionalización política, mayores serán las posibilidades de intervención militar⁶⁹. Sin embargo, en

⁶⁴ Stephan, 1966: 77-79.

⁶⁵ Nun, 1965: 68-69 y 1967.

⁶⁶ Andrews y Ra'anann, 1969: 4.

⁶⁷ Needler, 1968: 85 y 193-194.

⁶⁸ Finer, 1962: 21 y 87-88 (1969: 30-33 y 117-118).

⁶⁹ Samuel P. Huntington, «Political Development and Political Decay», *World Politics* (Princeton, NJ), vol. XVII, abril 1965, págs. 386-430.

sus análisis estadísticos, Thompson no ha encontrado ninguna relación entre el nivel de movilización social y la predisposición a los golpes⁷⁰. Es más, Luttwak ya advirtió que algunos factores económicos (por ejemplo, las crisis) fomentan los golpes sin que esté presente ninguna limitación de la participación política⁷¹. La élite militar responde a los retos de la movilización de diversas formas, y no todas las autoridades civiles en decadencia son derribadas por golpes militares. En realidad, esta debilidad sólo puede dar lugar a la naturaleza pretoriana del sistema político.

En su estudio clásico sobre la consolidación institucional en sociedades en cambio, Huntington observó que existía la posibilidad de golpes si las instituciones no eran capaces de adaptarse a las nuevas situaciones o aumentar su complejidad para asumir nuevos roles políticos. El multipartidismo y la participación política de las masas eran factores desestabilizadores que favorecían la intromisión militar en la política⁷². Huntington concibió la intervención militar como una reacción evolutiva producto de las acciones de otros grupos sociales en un entorno de cambio. En ese sentido, ofreció dos versiones correlativas y contradictorias del golpe de Estado según su alcance político: la intervención militar en la lucha intraelitista producida en el seno de regímenes oligárquicos tradicionales, dirigida simplemente a la distribución del patronazgo mediante revoluciones de palacio, y su papel radicalmente reformador al derribar a una oligarquía corrupta e incompetente⁷³. Huntington observaba que el pretorianismo radical de impronta mesocrática, dirigido a ampliar la participación política de la clase media ascendente, marcaba el paso de la antigua pauta oligárquica de los golpes o las revoluciones palaciegas propias de monarquías tradicionales, al esquema radical, de clase media, de golpes reformistas y modernizadores⁷⁴. El proceso de avance del pretorianismo radical es largo, y viene precedido de «golpes anticipatorios» donde se sondan las fuentes de apoyo y de oposición, de golpes de irrupción que derrumban el antiguo régimen y de golpes de consolidación que sitúan en el poder a los elementos jacobinos más radicales. Si la sociedad pasa a la participación de masas sin desarrollar instituciones políticas efectivas, el papel del ejército puede evolucionar del reformismo al vigilantismo: los militares emprenden esfuerzos conservadores para proteger el sis-

⁷⁰ Thompson, 1975b: 477.

⁷¹ Luttwak, 1969: 24.

⁷² Huntington, 1996: 370-371.

⁷³ Samuel P. Huntington, «Patterns of Violence in World Politics» en Huntington, 1962: 17-50.

⁷⁴ Huntington, 1962: 32 y sigs.

tema existente contra las incursiones de las clases bajas, sobre todo las urbanas, y se convierten en los guardianes del orden de clase media vigente mediante intervenciones militares de «veto» destinadas a obstaculizar la participación política de las clases subalternas. En consecuencia, la utilidad del golpe como técnica de intervención política decae a medida que se ensancha el horizonte de la participación ciudadana en la cosa pública. En una sociedad oligárquica y en las primeras fases de una pretoriana radical, la violencia es limitada porque el gobierno es débil y la movilización política escasa, pero cuando la participación se amplía y la sociedad se vuelve más compleja, los golpes de veto resultan más difíciles y sangrientos, al dividirse los militares en tendencias radicales y moderadas y tener que afrontar una oposición más enérgica, como fue el caso de julio de 1936 en España. El golpe de Estado como violencia interna limitada puede ser entonces sustituido por la guerra revolucionaria o por una insurrección violenta que implique a muchos elementos de la sociedad⁷⁵.

Para William R. Thompson, la hipótesis predominante sobre los golpes de Estado es la de la vulnerabilidad del régimen: los sistemas políticamente inestables y fragmentados tras su emancipación de los antiguos sistemas coloniales resultan más propensos que otros a los golpes militares⁷⁶. Este autor destaca factores como las herencias históricas y culturales, el papel de las clases medias como punta de lanza de la modernización, o la erosión y el fracaso de la democracia en los nuevos países surgidos tras la Segunda Guerra Mundial debido a la falta de cohesión nacional, a la ausencia de condiciones previas para la consolidación democrática o a la ocupación por los militares del vacío generado por la implantación de un poder constitucional corrupto e ineficaz, que ha sido impuesto por intereses ajenos al margen de los usos políticos tradicionales⁷⁷.

Autores como Finer ya señalaron que las repercusiones de un golpe son trascendentales para el futuro de los sistemas políticos. El primer golpe de Estado tiene un impacto fundamental sobre las reglas del juego político, ya que otorga al ejército ciertos derechos y un papel más o menos permanente en las futuras contiendas por el poder⁷⁸. Según Hibbs, un gran determinante de los golpes entre 1958 y 1967 fue la incidencia de actos similares en los diez años anteriores⁷⁹, del mismo modo que un golpe triunfante incre-

⁷⁵ Huntington, 1996: 185-186, 201 y 207-208.

⁷⁶ Thompson, 1972: 81-124.

⁷⁷ Thompson, 1975b.

⁷⁸ Nordlinger, 1977: 6.

⁷⁹ Hibbs, 1973: 109 y 189-190.

menta la propensión para otro en el curso de los seis años siguientes⁸⁰. Esta «teoría del contagio» no sólo condiciona la vida pública del país afectado, sino que la intervención militar en una nación puede estimular actos de emulación en los países vecinos, según ciclos u oleadas mejor o peor caracterizadas⁸¹.

4. CONCLUSIÓN

La reflexión política sobre el golpe tardó dos siglos en emanciparse de la tutela maquiavélica que justificaba este recurso principesco como una manifestación excepcional de la razón de Estado. El progresivo afianzamiento del liberalismo trastocó este punto de vista en la dirección de una progresiva secularización: de acción suprema fundamentada en los antiguos *arcana imperiorum*, se pasó en el siglo XIX a concebir el golpe como un recurso arbitral extraordinario en el conflicto entre poderes institucionales. El siglo XX contempló su «normalización» como estrategia ocasional en el contexto de inseguridad jurídico-política propio de los países de modernización problemática. Su ejecución, sigue, sin embargo, vinculada a la fuerza armada, que en determinados países mantiene rasgos premodernos de sacralidad acordes con su posición arbitral en el pleito político.

La relación que ha mantenido el golpe con las diferentes formas históricas que ha ido adoptando el poder también ha cambiado de modo sustancial: de palanca maestra para la ejecución de acciones excepcionales tendentes al sostenimiento del trono, el Estado moderno se transformó en el objetivo esencial de los asaltos dirigidos a la conquista o a la redistribución de un poder político cuyo sometimiento a los principios constitucionales le hacía más especializado y complejo que antaño. Las consideraciones morales vinculadas a su ejecución también sufrieron una significativa mutación: primero en los países anglosajones, luego en Francia, y más tarde en otros países que encaminaban sus pasos hacia la democracia en la segunda mitad del siglo XIX, el golpe de Estado dejó de ser justificado como alternativa cesarista, y pasó a caracterizarse como un acto reprobable y punible ejecutado contra la voluntad del pueblo, que de este modo veía legitimada cualquier actitud de resistencia ante la amenaza de una involución autoritaria.

⁸⁰ Londregan y Poole, 1989: 152 y 178.

⁸¹ Edwin Lieuwen, «Military and Politics in Latin America», en Johnson, 1962: 134.

La creciente complejidad del Estado y la regulación de su poder mediante normas jurídicas aceptadas por la mayoría de la población hizo más compleja y difícil la conquista ilegal del poder. La evidencia, constatada por Max Weber, de la implantación de la racionalidad burocrática en las funciones estatales introdujo en los años de entreguerras un nuevo modo de entender el problema del derrocamiento de los gobiernos, que enseguida fue asumido por el bolchevismo y el fascismo. El Estado, concebido como artefacto complejo sometido a su propia lógica reproductiva, no podía ser asaltado atendiendo a consideraciones meramente políticas, sino mediante una labor «técnica» de infiltración y anulación de los servicios vitales realizada por un puñado de especialistas ejecutores de un plan conspirativo bien diseñado. En la estela de malos entendidos dejada por el libro de Malaparte, ha proliferado hasta la actualidad un subgénero de literatura sobre el golpe de Estado que ha pretendido «democratizar» la añeja visión maquiavélica del asalto al poder como manifestación suprema de la voluntad política: «manuales» y «vademecums» para uso de golpistas, repletos de consejos para conspiradores y de simulacros para militares, pero ayunos de una visión clara sobre las posibles alternativas subversivas.

El nuevo contexto internacional de la segunda posguerra, en especial los problemas de estabilidad política de los países recientemente descolonizados, permitió un replanteamiento en profundidad de la problemática golpista, al precio de relegar el análisis del propio acto subversivo a un plano secundario. En la estela de los estudios sobre las secuelas de la modernización sobre sociedades sometidas a un intenso proceso de cambio, se trataron de explicar los golpes en referencia a variables macrosociales y macroeconómicas, a rasgos estructurales de las élites militares, o, más raramente, a cualidades psicológicas individuales de los golpistas. Si a inicios de los 60 prevaleció la interpretación del golpismo como actuación disruptiva característica de una vanguardia modernizadora, a fines de esa década Huntington, Finer y otros estudiosos del papel de las instituciones militares en sociedades transicionales pusieron el énfasis en la decadencia institucional de las sociedades pretorianas. En los 70, autores como Needler, Nordlinger o Perlmutter incidieron en consideraciones vinculadas con el corporativismo castrense; en los 80 el centro de atención pasó de la estructura al análisis de las motivaciones de la élite (especialmente la militar), en la línea de los trabajos abordados por Thompson a inicios de la década anterior. En los 90 se pasó a un enfoque estructural más amplio: los trabajos de First y O’Kane han retomado aspectos de orden socioeconómico como la importancia de la herencia colonial o la dependencia de países con un sector primario dominante, poco diversificado y dependiente del mercado exterior.

En esencia, los analistas políticos han forjado sus esquemas teóricos sobre la base de los problemas generados por los cambios socioeconómicos o sobre la naturaleza fragmentada y caótica de la vida política en los países en vías de desarrollo, antes que sobre las situaciones inmediatas y concretas que producen o entorpecen los golpes de Estado. De ese modo, el fenómeno golpista en sí continúa quedando muy a menudo fuera del centro del análisis de las crisis políticas. Zolberg ya advirtió que, en África, los golpes de Estado son hechos fortuitos, no relacionados directamente con las características estructurales de las sociedades o con las peculiaridades del sistema internacional⁸². Los golpes pueden ocurrir en todo tiempo y lugar, si se dan las condiciones políticas para ello.

Las concepciones del golpe como un modo particular de violencia o como un factor de cambio sociopolítico son demasiado limitadas para dar cuenta de la complejidad del fenómeno. Quizás el reto que deberán abordar las ciencias sociales en el futuro inmediato sea devolver al golpe su protagonismo en el desarrollo de las crisis políticas, pero no mediante un retorno a las consideraciones técnicas de contenido más o menos pseudomilitar, sino analizarlo desde una luz nueva, que sin minusvalorar los factores precipitantes o retardatarios de la actividad golpista enumerados en los últimos debates, restituya todo su valor y significado heurístico al proceso de lucha por el poder político. En ese sentido, quizás su concepción como estrategia de acción colectiva concebida racionalmente para la conquista del Estado nos proporcionaría un marco teórico adaptado a la diversidad de factores expuestos por anteriores teorías, desde la forja de identidades e intereses comunes (de carácter corporativo o no), el desarrollo de estructuras específicas de movilización de los recursos internos o externos de tipo coercitivo, utilitario o normativo necesarios para la acción, la incidencia de la estructura de oportunidades políticas (en su doble vertiente de coacción y facilitamiento) establecida tanto por los propios conjurados como por las agencias estatales o la misma sociedad, y, sobre todo, la aplicación de estos recursos simbólicos y de ejecución a los fines perseguidos mediante una determinada estrategia de acción colectiva inserta en un contexto histórico definido. Las diversas teorías vinculadas al paradigma de la acción colectiva podrían situar al golpismo bajo el prisma de un tipo de estrategia política empleada por actores elitistas que comparten *a priori* recursos amplios que les permiten alcanzar un objetivo ambicioso (la conquista del poder) con un nivel de violencia potencialmente intensa, pero breve en el tiempo

⁸² Zolberg, 1968a.

y limitada en sus efectos sobre la población. Con ello se restituiría la autonomía política a los actores que intervienen en el juego, siempre complejo, del golpe de Estado.

Que los golpes son una estrategia particular para derribar gobiernos es algo aceptado generalmente por la literatura al respecto. Pero, ¿es el golpe un fenómeno histórico aplicable únicamente al tipo de sociedades burocráticas generadas por la revolución industrial y desaparecerá en la multiplicidad de poderes característica de la nueva civilización postindustrial? ¿Sigue siendo efectivo el golpe como herramienta política, o existen formas de acción usurpadora mejor adaptadas a la resolución no pautada de bloqueos políticos en los Estados contemporáneos? ¿Cuál es el impacto que provoca en la actualidad este tipo de estrategia abocada al cambio político? Son cuestiones que hoy en día siguen sin clara respuesta.

Estrategia o estratagema, arte o arteria, argumento o argucia, el golpe de Estado ha sido, y será por mucho tiempo, un concepto político lastrado por la ambigüedad y por la controversia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGULHON, Maurice (1997), *Coup d'état et République*, París, Presses de Sciences Po.
- ANDRÉS, Jesús de (2000), *El voto de las armas. Golpes de Estado en el sistema internacional a lo largo del siglo XX*, Madrid, Catarata.
- ANDREWS, William George y RA'ANAN, Uri (eds.) (1969): *The Politics of the Coup d'Etat: Five Case Studies*, Nueva York, Van Nostrand-Reinhold Co.
- ARNADE, Kurt Conrad (1950), «The Technique of the Coup d'État in Latin America», *United Nations World* (Nueva York) vol. IV, núm. 2, febrero, páginas 21-25 (también en A. N. Christensen [ed.], *The Evolution of Latin American Government*, Nueva York, Henry Holt & Co., 1951, págs. 309-317).
- BALLESTEROS, Ángel (1990), *El golpe de Estado*, Córdoba (Argentina), Marcos Lerner Editora.
- BARBÉ, Carlos (1983), «Colpo di stato», en Norberto Bobbio, Nicola Matteuci y Gianfranco Pasquino (dirs.), *Dizionario di Politica*, Turin, UTET, págs. 154-157 (ed. castellana, en Madrid, Siglo XXI, 1983, vol. I, págs. 745-749).
- BIENEN, Henri (ed.) (1968), *The Military Intervenes: Case Studies in Political Development*, Nueva York, Russell Sage Foundation, 1968.
- BRICHET, Olivier (1935), *Étude du coup d'État en fait et en droit*, París, Domat-Montchrestien y F. Loviton.
- CARLTON, Eric (1997), *The State against the State: The Theory and Practice of the Coup d'État*, Aldershot, Scolar Press y Brookfield (Vt.), Ashgate Pub. Co.
- CAPELE, Gaëtan de (1987), «Coups d'état et tentatives de coups d'état», monográfico sobre «Les coups d'État», *Études Polémologiques*, París, núm. 42, 1987, págs. 223-229.

- COUDERC, Martine; BIGO, Didier y HERMANT, Daniel (1987), «Problèmes méthodologiques», monográfico sobre «Les coups d'État», *Études Polémologiques*, París, núm. 41, 1.º trimestre, págs. 31-65.
- DE GRAZIA, Sebastián y STECCCHINI, Livio C. (1965), *The Coup d'Etat: Past Significance and Modern Technique*, China Lake (CA), U. S. Ordinance Test Station.
- DECALO, Samuel (1976), *Coups and Army Rule in Africa: Studies in Military Style*, New Haven (CT), Yale University Press.
- DUMONT, Jean (dir.) (1963), *Les coups d'État*, Loos-lez-Lille, Hachette.
- FEIT, Edward (1973), *The Armed Bureaucrats: Military-administrative Regimes and Political Development*, Boston, Houghton Mifflin Co.
- FERGUSON, Gregor (1987), *Coup d'état: A Practical Manual*, Poole, Dorset, Arms & Armour y Nueva York, Sterling Pub. Co.
- FINER, Samuel E. (1962), *The Man on Horseback. The Role of the Military in Politics*, Londres, Pall Mall Press (ed. castellana, *Los militares en la política mundial*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1969).
- FIRST, Ruth (1970), *The Barrel of a Gun: Political Power in Africa and the Coup d'État*, Londres, Allen Lane.
- FITCH, John S. (1977), *The Military Coup d'État as a Political Process*, Baltimore, John Hopkins University Press.
- FOSSUM, Egil (1967), «Factors Influencing the Occurrence of Military Coups d'État in Latin America», *Journal of Peace Research*, Oslo, vol. III, núm. 3, págs. 230-241.
- GERMANI, Gino y SILVERT, Kalman (1961), «Politics, Social Structure and Military Intervention in Latin America», *Archives Européennes de Sociologie* (París) vol. II, núm. 1, primavera, págs. 62-81
- GOOCH, Herbert Elmer (1977), *Coup d'État: Historical and Ideological Dimensions of the Concept*, tesis doctoral, Berkeley, University of California.
- GOODSPEED, Donald James (1961), *The Conspirators. A Study of the Coup d'État*, Londres MacMillan y Nueva York, The Viking Press (otra ed., en Toronto, MacMillan of Canada, 1967; ed. francesa: *Six coups d'État*, París, Arthaud, 1963; ed. castellana: *Golpes de Estado*, Barcelona, Luis de Caralt, 1966).
- HARVEY, A. D. (1994), «The Pre-history of the Coup d'État», *Terrorism and Political Violence* (Londres), vol. VI, núm. 2, págs. 235-244.
- HERMANT, Daniel (1987), «Coups de l'État et coups d'État», monográfico sobre «Les coups d'État», *Études Polémologiques*, París, núm. 42, 1987, págs. 15-30.
- HIBBS, Douglas A. (1973), *Mass Political Violence. A Cross-National Causal Analysis*, Nueva York, John Wiley.
- HUNTINGTON, Samuel P. (1957), *The Soldier and the State. The Theory and Politics of Civil-military Relations*, Cambridge Mass.-Londres, The Belknap Press of Harvard University Press.
- (ed.) (1962), *Changing Patterns of Military Politics*, Nueva York, The Free Press of Glencoe.
- (1968), *Political Order in Changing Societies*, New Haven, Yale University Press (ed. castellana: *El orden político en las sociedades en cambio*, Barcelona, Paidós, 1996).
- JACKMAN, Robert W. (1978), «The Predictability of Coups d'État: A Model

- with African Data», *The American Political Science Review*, Madison, Wisconsin, vol. LXXII, núm. 4, diciembre, págs. 1262-1275.
- JANOWITZ, Morris (1964), *The Military in the Political Development of New Nations. An Essay in Comparative Analysis*, Chicago, University of Chicago Press.
- JOHNSON, John J. (ed.) (1962), *The Role of Military in Underdeveloped Countries*, Princeton, Princeton University Press.
- JOHNSON, Thomas H.; SLATER, Robert O. y MCGOWAN, Pat (1984), «Explaining African Military Coups d'État, 1960-1982», *The American Political Science Review*, Madison, Wisconsin, vol. LXXVIII, núm. 3, septiembre, págs. 622-640.
- (1986), «Explaining African Coups d'État», *The American Political Science Review* (Madison, Wisconsin), vol. LXXX, núm. 1, marzo, págs. 225-249.
- KENNEDY, Gavin (1974), *Military in the Third World*, Nueva York, Scribner's.
- LI, Richard P. Y. y THOMPSON, William Randall (1975), «The Coup Contagion Hypothesis», *The Journal of Conflict Resolution*, Londres-Beverly Hills, vol. XIX, núm. 1, marzo, págs. 63-88.
- LISSAK, Moshe (1964), «Selected Literature on Revolutions and Coups d'État in the Developing Nations», en Morris Janowitz (ed.), *The New Military: Changing Patterns of Organization*, Nueva York, Russell Sage Foundation, págs. 339-362.
- (1973), «Stages of Modernization and Patterns of Military Coups», *International Journal of Contemporary Sociology*, Washington, vol. XIV, núms. 1-2, marzo, junio, págs. 59-75.
- LONDREGAN, John B. y POOLE, Keith T. (1990), «Poverty, the Coup Trap, and the Seizure of Executive Power», *World Politics*, Princeton, NJ, vol. XLII, núm. 1, octubre, págs. 151-183.
- LUTTWAK, Edward N. (1968), *Coup d'Etat. A Practical Handbook*, Londres, Allen Lane/The Penguin Press (otras eds.: Nueva York, Alfred A. Knopf, 1969; Harmondsworth, Penguin Books, 1969 y Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1979, 2.^a ed. Ed. francesa: *Le coup d'état. Théorie et pratique*, París, Robert Laffont, 1969).
- MCGOWAN, Pat y JOHNSON, Thomas H. (1984), «African Military Coups d'État and Underdevelopment: A Quantitative Historical Analysis», *Journal of Modern African Studies*, Cambridge, vol. XXII, diciembre, páginas 633-666.
- MALAPARTE, Curzio (seud. de Eric Kurt SÜCKERT) (1931), *La Technique du coup d'État*, París Grasset (ed. castellana: *Técnica del golpe de Estado. Bonaparte, Lenin, Trotsky, Mussolini, Hitler, Kapp, Pilsudski, Primo de Rivera*. Trad. de Julio Gómez de la Serna, Madrid, Ulises, 1931. Otra ed., en Buenos Aires, Plaza & Janés, 1965; ed. inglesa: *Coup d'Etat. The Technique of Revolution*, Nueva York, E.P. Dutton & Co., 1932).
- MAURRAS, Charles (1910), *Si le coup de force était possible...*, París, Nouvelle Librairie Nationale.
- MORRISON, Donald George y STEVENSON, Hugh Michael (1976), «The Practice and Explanation of Coups d'État: Measurement or Artifact?», *American Journal of Sociology*, Chicago, vol. LXXXII, núm. 3, noviembre, págs. 674-683.
- NAUDÉ, Gabriel (1998), *Consideraciones políticas sobre los golpes de Es-*

- tado. Estudio preliminar, traducción y notas de Carlos Gómez Rodríguez, Madrid, Tecnos.
- NEEDLER, Martin C. (1966), «Political Development and Military Intervention in Latin America», *The American Political Science Review*, Madison, Wisconsin, vol. LX, núm. 3, septiembre, págs. 616-626.
- (1968), *Political Development in Latin America: Instability, Violence, and Evolutionary Change*, Nueva York, Random House.
- (1972), *The Causality of the Latin American Coup d'État: Some Numbers, Some Speculations*, Paper presentado al LXVIII Annual Meeting of the American Political Science Association, Washington (también en Steffen W. Schmidt y Gerald A. Dorfman [eds.], *Soldiers in Politics*, Los Altos (CA), Geron-X, 1974, págs. 145-159).
- NORDLINGER, Eric Allen (1977), *Soldiers in Politics: Military Coups and Governments*, Englewood Cliffs (N.J.) y Scarborough, Prentice Hall.
- NUN, José (1965), «A Latin American Phenomenon: The Middle Class Military Coup», en Institute of International Studies, *Trends in Social Research in Latin American Studies: A Conference Report*, Berkeley, University of California Press, págs. 65-69 (también en James Petras y Maurice Zeitlin [eds.], *Latin America: Reform or Revolution?*, Greenwich (CT), Fawcett, 1968, págs. 145-185).
- (1967), «The Middle-Class Military Coup» en Claudio Veliz (ed.), *The Politics of Conformity in Latin America*, Londres-Nueva York, Oxford University Press, págs. 66-118.
- (1969), *Latin America: The Hegemonic Class and the Military Coup*, Berkeley, Institute of International Studies, Politics of Modernization Series, núm. 7.
- O'KANE, Rosemary H. T. (1971), *Coups d'État: An Empirical Investigation of Existing Literature; A Probabilistic Theory proposed and tested; and Predictions made*, University of Essex, Department of Government.
- (1978), *The Coup d'État. A Probabilistic Theory*, Ph. D., Lancaster University.
- (1981), «A Probabilistic Approach to the Causes of Coups d'État», *British Journal of Political Science*, Cambridge, vol. XI, 3.^a parte, julio, págs. 287-308.
- (1983), «Towards an Examination of the General Causes of Coups d'État», *European Journal of Political Research*, Amsterdam, vol. XI, marzo, págs. 27-44.
- (1987), *The Likelihood of Coups*, Aldershot, Avebury, Gower Publishing Co. Ltd.
- PERLMUTTER, Amos (1977), *The Military and Politics in Modern Times: on Professionals, Praetorian, and Revolutionary Soldiers*, New Haven-Londres, Yale University Press (ed. castellana: *Lo militar y lo político en el mundo moderno*, Madrid, Eds. Ejército, 1982).
- PHILLIPS, John y BA-YUNUS, Ilyas (1976), «Comment on Alan Wells's *The Coup d'État in Theory and Practice: Independent Black Africa in the 1960s*», *American Journal of Sociology*, Chicago, vol. LXXXII, núm. 3, noviembre, págs. 684-685.
- PUTNAM, Robert D. (1967), «Toward Explaining Military Intervention in Latin American Politics», *World Politics*, Princeton, NJ, vol. XX, núm. 1, octubre, págs. 83-110.

- RA'AANAN, Uri (1969), *The Politics of the Coup d'État*, Nueva York, Van Nostrand Reinhold.
- RAPOPORT, David C. (1962), «A Comparative Theory of Military and Political Types», en Huntington, 1962: 71-100.
- (1966), «Coup d'État. The View of the Men Firing Pistols», en Carl J. Friedrich (ed.), *Revolution: Yearbook of the American Society for Political and Legal Philosophy (Nomos VIII)*, Nueva York, Atherton Press, págs. 53-74.
- (1968), «The Political Dimensions of Military Usurpation», *Political Science Quarterly*, Nueva York, vol. LXXXIII, págs. 551-572.
- ROBERTS, Adam (1975), «Civil Resistance to Military Coups», *Journal of Peace Research*, Oslo, vol. XII, núm. 1, págs. 19-36.
- SAMPFORD, C. (1991), «Coups d'État and Law», en Elspeth Attwool (ed.), *Shaping Revolution, Aberdeen*, Aberdeen University Press, págs. 161-175.
- SPENCER, Henry R. (1967), «Coup d'État», *Encyclopædia of the Social Sciences*, Nueva York, The MacMillan Company, vol. IV, págs. 508-510.
- STEPHAN, Alfred C. (1966), *Patterns of Civil-Military Relations: The Brazilian Political System*, Ph. D., Columbia University.
- THOMPSON, William Randall (1972), *Explanations of the Military Coup*, Ph. Diss., Seattle, University of Washington.
- (1973), *The Grievances of Military Coup-Makers*, Beverly Hills (CA)-Londres, Sage Professional Paper in Comparative Politics Series núms. 01-047.
- (1975a), «Systemic Change and the Latin American Military Coup», *Comparative Political Studies*, Beverly Hills, CA, vol. VII, núm. 4, enero, págs. 441-459.
- (1975b), «Regime Vulnerability and the Military Coup», *Comparative Politics*, Nueva York, vol. VII, núm. 4, julio, págs. 459-487.
- (1976), «Organizational Cohesion and Military Coup Outcomes», *Comparative Political Studies*, Beverly Hills, CA, vol. IX, núm. 3, octubre, págs. 255-276.
- (1980), «Corporate Coup-maker Grievances and Types of Regime Targets», *Comparative Political Studies*, Beverly Hills, CA, vol. XII, núm.4, enero, págs. 485-496.
- THOMPSON, William Randall y CHRISTOPHERSON, John A. (1979), «Multivariate Analysis of the Correlates of Regime Vulnerability and Proneness to the Military Coup» *Journal of Political and Military Sociology*, DeKalb, Ill, vol. VII, núm. 2, otoño, págs. 283-289.
- WELLS, Alan (1973-74), «The Coup d'État in Theory and Practice: Independent Black Africa in the 1960's», *American Journal of Sociology*, Chicago, vol. LXXXIX, núm. 4, julio-mayo, págs. 871-887.
- WHEATLEY, Charles W. (1968), *Military Coups and Political Development: A Comparative Exploratory Study*, Ph. D., Columbia University.
- WHITE, Anthony G. (1982), *Public Administration and the Coup d'État: A Selected Sourcelist*, Monticello, Ill, Vance Bibliographies.
- ZIMMERMANN, Ekkart (1979), «Toward a Causal Model of Military Coups d'État», *Armed Forces and Society*, Beverly Hills, CA, vol. V, núm. 3, primavera, págs. 387-413.
- ZOLBERG, Aristide R. (1968a), «The Structure of Political Conflict in the New States of Tropical Africa», *The American Political Science Review*, Madison, Wisconsin, vol. LXII, núm. 1, págs. 70-87.

ZOLBERG, Aristide R. (1968b), «Military Intervention in the New States of Tropical Africa: Elements of Comparative Analysis», en Henry Bienen (ed.), *The Military Intervenes: Case Studies in Political Development*, Nueva York, Russell Sage Foundation, págs. 71-98.

RESUMEN

El artículo pretende estudiar la evolución histórica de las teorías explicativas del golpe de Estado desde su inicial formulación en el siglo XVII hasta la actualidad. Tras realizar un intento preliminar de definición y caracterización en función de rasgos como su naturaleza conspirativa, violenta y transgresora del ordenamiento jurídico vigente, y su frecuente vinculación con las estrategias políticas usurpadoras de instituciones como el Ejército, se da cuenta de los aspectos básicos del debate actual sobre el golpismo: su función como símbolo e instrumento del pretorianismo modernizador, su vinculación con los problemas socioeconómicos que sufren los países en vías de desarrollo y su papel como causa y efecto de la inestabilidad que experimentan los regímenes afectados por el debilitamiento de la autoridad y de la legitimidad políticas.

ABSTRACT

This article tries to study the historical evolution of the several theoretical explanations about coup d'état since its first definition in the XVIIth Century until the present. After a preliminary attempt of definition and characterization as a conspirative, violent and juridically illegal action often related with usurping political strategies designed by institutions like the Army, this work resumes some basic questions in the current debate about coups: their function as a symbol and instrument of modernizing praetorianism, their ties with the socioeconomical problems experimented by underdeveloped countries, and their role as a cause and consequence of the instability endured by governments politically weakened in their authority and legitimacy.

EDUARDO GONZÁLEZ CALLEJA, Científico Titular del Instituto de Historia del CSIC y Profesor Asociado de la Universidad Carlos III, ha publicado diversos estudios sobre el orden público, la subversión y la violencia política en la España contemporánea, como *La razón de la fuerza* (Madrid, CSIC, 1998), *El máuser y el sufragio* (Madrid, CSIC, 1999) y «El Estado ante la violencia» en el libro dirigido por Santos Juliá, *Violencia política en la España del siglo XX* (Madrid, Taurus, 2000).